

ALEJANDRO QUESADA



863.6

Q3t

# IZIROSTO

(NOVELA)



687

EDICIONES INDOAMERICA

MEXICO — 1944

Q3t  
1 ep

Muy estimado don Jo  
En mi último finis an  
de estudiante en Mexico escri  
bi este librito que pongo  
respetuosamente ante su  
valiosa consideración.

J. J. J.

Lista correo.  
Tuxtlan Nuy  
Mexico

ALEJANDRO QUESADA

# TZIROSTO

(NOVELA)



EDICIONES INDOAMERICA

MEXICO — 1944

Suelo fértil y buena agua, ¿qué más quiero?, —dijo Pátzcuaro estrujando entre los dedos un puñado de tierra. Levantó la cara y respiró muy hondo. Era un joven gallardo: pelo negro, frente ancha, ojos pardos, nariz recta, labios gruesos y facciones enérgicas; fornido: en los poderosos antebrazos descubiertos se trenzaban arterias, músculos y nervios. Todo el día había caminado por las crestas de los montes y por fin encontró aquel valle. Allí cerca saltaba bullanguero un río joven desafiando el mutismo milenario del bosque. Pátzcuaro olió y besó la tierra. La tiró sobre la yerba. Pasó la mano tosca desde las cejas hasta la nuca secándose el sudor y ordenándose el cabello; luego se encaminó a la sierra cortando ramas y apartando helechos. Llegó a la cumbre. Se paró arrogante a contemplar en lo profundo el valle y dijo: "Tierra de Pacanda y de mis futuros hijos, tú me darás trinos y aroma en mis idilios, mies en la sementera, hogar y vestido. Yo extirparé la mala hierba y el exceso de sombra; haré que penetre el sol en las pra-



deras; los árboles y los pájaros aprenderán mi nombre y no temerán mi sudor y mis huellas las bestias del monte. Mis gritos como bejucos subirán por los cedros y las peñas y mis sueños de amor florecerán entre el silencio como los lirios en el agua quieta. ¡Pacanda! ¡Pacanda! Tú eres la dueña de ese valle: allí tendrás mis primeras caricias y mis besos de esposo; tu hogar y tu cama saldrán de esos árboles; tu risa imitará al arroyo y el humo de la lumbre que tú enciendas me dirá dónde estás mientras labro la tierra. No temerás estar sola: es nuestra amiga la selva; para ambos se humedece el suelo, alumbra el sol y brillan las estrellas. . . No estarás sola mucho tiempo, algún día nuestros hijos te besarán y ensayarán sonidos y han de correr por los trillos y han de subir a los riscos y han de colmarte de orquídeas, de pájaros, de gritos, de charlas y de risas. "Hizo una pausa y terminó así: "Bosque gigante y rudo, yo te disputaré el suelo, mas no me odies, que si hoy eres mi sustento yo mañana seré el tuyo".

En busca del pueblo por la hondonada se fué Pátzcuaro; la noche se cerró a su espalda como la túnica de una enlutada tras la cremallera. Volvieron las oropéndolas. En las ramas se erizaron los pájaros. A caza de tinieblas las lechuzas estiraban el cuello en las barrancas. Se ocultaron en las hojas los insectos. El reposo cundió y en sus ponchos de niebla se envolvieron los cerros.

Aquella noche dijo: —“Dentro de poco no vendré más a verte”.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Pacanda. Pátzcuaro terminó: “Porque estarás conmigo para siempre”: (Puede el alma en un solo momento cruzar el abismo que separa el dolor y el regocijo extremos).

—Mi esfuerzo está fructificando y en breve lapso tendré lo suficiente para hacerte feliz.

—No te comprendo: yo sería dichosa contigo desde cualquier momento. He soñado hasta ahora luchar a tu lado, reunir al tuyo mi trabajo, ser agua fresca en tu labor, y sombra en tu descanso; estar contenta con lo que devuelvan el surco y el sol; ser lo que nuestros padres han sido: esfuerzo y amor.

—Seré más explícito, sí: sumarás a mi esfuerzo el tuyo, pero no aquí donde el fruto es poco y el trabajo es rudo; iremos a otro país cruzando mares azules, nuevos panoramas y en una gran ciudad con millones de gente hermosamente extraña viviremos.

—Pero...

—Muchos lo han hecho. Aprenderemos otro idioma y otra historia; yo trabajaré en una fábrica y tú tendrás cuanto ansíes. Conocerás parques, lagos, salones, teatros, barrios paupérrimos y aristocráticos; nuestras serán las comodidades que ha descubierto el genio y de una vez sacudiremos la tiranía ancestral de la montaña.

—Pátzcuaro; tú eres libre como el quetzal y no soportarías una jaula: en la ciudades los caminos están presos entre murallas, en los parques están presas las plantas y las aves detrás de las rejas no cantan; se quejan.

—La prisión es triste porque es monótona y aquí sé donde está cualquier cosa: cada árbol, cada rama, cada hoja y cada piedra; sé de memoria como suena el arroyo en cada salto, el trinar de cada pájaro, el lugar por donde sale cada estrella, el olor de las yerbas, las plantas que prefieren las luciérnagas, las sinuosidades de las veredas, los plantíos, las casas, los gestos, las palabras, hasta el pensamiento de cada uno... ¿por qué esas lágrimas, Pacanda? Parece que mi próxima felicidad te maltrata.

—No. Yo iré donde tú vayas y hasta que tú quieras.

—Yo te querré siempre.

—Gracias.

—No me ocultes lo que sientes: te veo confusa.

—Yo también sé dónde están cada árbol, cada rama, cada hoja, los picos de la sierra; las plantas que prefieren las luciérnagas; cómo huele cada flor; dónde se empolvan las abejas; cuáles son las horquetas que prefieren las aves para el nido y a cuáles se resisten; cómo suena el viento entre los pinos; cuándo estás alegre y cuándo triste... yo sé también eso que tú sabes porque entre eso he crecido; pero a mí no me ha cansado; no me cansaría jamás. Lo querré eternamente. He sabido quererlo



de mirarlo. Como a tí lo querré mientras viva.

En el interior de Pátzcuaro chocaban sentimientos contrarios: el placer incomparable de estar seguro que Pacanda era como la había soñado y el dolor de haberla herido engañándola, de haberle dicho lo que no sentía aprovechando que nunca dudaría de sus palabras. En él, la felicidad se debatía en los acantilados de la pena: ora coronadas de plumas lo cubrían todo las olas, ora asomaban entre espuma amenazantes las rocas. Al fin estalló.

—¡He mentido!. Lo que he dicho es una farsa. Sólo ansiaba saber si me querías y querías a mi patria. ¡Perdóname! Fué que de pronto me pareció imposible tanta felicidad.

A aquel capítulo de dicha y de dolor los cerró el primer beso.

Pacanda se tranquilizó. Una dulce laxitud la invadía como la calma a la llanura después del chubasco: el viento barre las nubes y aparecen los huertos, los riachuelos, los límites distantes del cielo o la montaña y la hierba cubierta de lágrimas.

En la noche Pátzcuaro reunió a sus amigos; juntaron violines, flautas y guitarras y se fueron a la casa de Pacanda. Dormía. Una música lenta de flautas vagó en el silencio como las primeras luces del alba en el cielo. Pacanda las incorporó a su sueño y siguió con ellas por mundos ilusorios, en-



cima de nubes, de colinas y frondas, de jardines dormidos y de templos redondos; entraron los violines como flotantes hilos de oro y tocaron su cuerpo; se contorcó apaciblemente y sin sentirlo fué abriendo los ojos. Las guitarras articularon notas que subían y reventaban como globos irisados de jabón. Miró por la ventana: el cielo estaba salpicado de constelaciones. Bajo la música, como un genio sumido en el remanso, se movió un murmullo y haciendo leves círculos brotó el canto de Pátzcuaro:

Se durmieron las olas en el lago;  
en las ramas los pájaros;  
la grama.

Como cigüeñas cansadas  
se durmieron las palmas.

Las tórtolas también se han dormido.

A medio anillarse quedaron los zarcillos.

En el agua están inmóviles el musgo y los lirios  
y en el musgo los peces.

Por el bosque vuelan las luciérnagas  
como estrellas sonámbulas. . .

y mis ansias,

mi delirio de amor,

emergen del ensueño en mi canción.

Dialogaron los instrumentos un instante y luego Pátzcuaro siguió:

En mi camino te recuerda

el ave que lleva pajas en el pico;  
el musgo que sube por los tallos,  
el aleteo de la gongolona que en la maleza cons-  
(truye el nido;

el cauce del arroyo;

la aurora;

el aliento virginal de la arboleda,

el arco iris que ciñe a la cascada

y la concha que envuelve el molusco en su abrazo  
(de nácar.

yo quiero cubrirte con mi vida

como el capullo a la crisálida;

como a la nota la flauta.

y como el cáliz a la flor dormida.

Ya encontré el valle donde haré tu casa,

hay una fuente cerca

donde contigo irá a mirarse la luz en las mañanas,

la tierra es fértil y sombría la selva

mientras no llegue a derribarla mi hacha.

Allí tendré cuanto venera mi alma:

Mi tierra y mi Pacanda.

Terminó la serenata y a lo lejos repitió la mu-  
chachada;

Allí tendré cuanto venera mi alma:

mi tierra y mi Pacanda.

Muy temprano corrió por el valle un grito so-  
noro. Esta es mi voz, dijo Pátzcuaro, que se enre-

de en los morales, que retumbe en las grutas, que resbale en las hojas de pata, que la aprendan los venados, los jaguares, las dantas, los sahinos y las pavas. Mirando cuidadosamente caminó un poco y al pie de una surá enorme, junto a un arroyo, agregó: aquí será mi casa.

Patética caída de un coloso: se desploma. El aire gime trágico; se arquea el tronco como si quisiera levantar la copa increpando al bosque, pero cae. A su paso, revienta, destroza. En medio de los gritos de las plantas rotas, brama, y con brutal violencia el suelo azota. Luego, el sobrecogimiento de La Naturaleza.

Año y medio palpitaron las peñas con el eco del hacha. Cayeron muchas ceibas titánicas, laureles, cedros y balsas. En su vuelta a la tierra rompieron las lianas y de un zarpazo con sus ramas aplastaron los árboles más bajos. Hosco el felino se alejó gruñendo, el agutí abandonó su cueva y lo siguió la boa; se hundieron más en la selva el quetzal y el jilguero; la fauna fué plegándose y huyendo como la hojarasca que persigue el viento. Por fin sonrieron los plantíos de Pátzcuaro con flores de maíz y hojas de plátano y su casita primorosa y fresca, rodeada de jardines, olía a madera nueva.

Terminaron las nupcias muy temprano; aun no

despertaban los pájaros. El pueblo entero asistió. Siguió a la pareja montada una gran cabalgata entre galopes y bromas. ¡Qué linda era Pacanda! En sus ojos azules el amor despertaba, en las líneas del rostro purísimas había una sonrisa, sonrisa de estrellas. El alba.

Los caballos pisaban el camino arcilloso de las cumbres. Había llegado muy niña del extranjero. Tenía recuerdos amorfos que recorrían su memoria como la neblina de las mañanas por los desfiladeros... las historias de su madre... por eso tenía rubios los cabellos. La aurora.

Conversaban. De alguna ocurrencia, Pátzcuaro alegró la charla con su carcajada. ¡Qué feliz era Pacanda!. Los pájaros. El sol nimbó los cerros y pasó los dedos sobre la lira del campo. La Cima. Allá estaba la casa; como imantada por el paisaje rodó por la vereda estrecha la cabalgata. Se quedaron los amantes contemplándola. ¡Allá estaba la casa! Una sensación rara palpó el envez de los brazos, la garganta, el seno, el vientre, y los muslos de Pacanda. Se echó sobre Pátzcuaro y lo oprimió con fuerza. ¡Allá estaba la casa! En medio de un potrero que iba del llano y subía por la montaña. Un maizal, los plátanos que surgían entre las ramazones muertas y más lejos se estrellaban contra la selva o las peñas. En la hondura, el río de vez en cuando enseñaba su torso plateado. Bajaron. Música, mozas, muchachos. Allí estaba su hogar, su techo, su alcoba. Volvió a estremecerse.

Corrió con sus amigas por los senderos; subió



en los troncos; saltó en las piedras del riachuelo y el resto del día en su desbordante júbilo fué la diosa de la fiesta. Radiaba belleza. Más parecía una ninfa escapada a la leyenda que una mujer.

La tarde. La cabalgata se iba. En los recodos de la cuesta se agitaban manos. La Cima. Se apagaron los últimos fulgores del sol y se encontraron sus ojos. Estaban solos. Pátzcuaro se acercó más. Los cocuyos hicieron en la noche rayas azules. La tomó levemente. La besó en el cuello y al retirarse recibió el contacto sedoso de la mejilla. La yerre cantó en las tinieblas. Pacanda con suavidad se apoyó en su cuerpo. En la obscuridad y el silencio quedaron suspensos, indefinidos como los contornos de los montes.

...La rambla dilatada se estrecha y mete entre los árboles un brazo de arena. Las rutas del desierto se juntan en el oasis y después se apartan. La poesía, la música y el amor tienen un prelude común: el estro. Entraron.

Y soñó Pacanda que crecía, se ensanchaba y se convertía en El Valle. No podía moverse. Sus brazos se iban por las gargantas de la sierra. De pronto apareció en La Cima Pátzcuaro, destacándose en el cielo. Detrás de él nacía el sol. Quiso llamarlo y no tenía voz. Bajó sobre su cuerpo. Los pies le acariciaron los nervios. Venía a sembrar

con una estaca y las semillas en un saco de cuero a manera de carcaj. Llegó a su centro mismo, hundió la estaca y depositó las semillas en la grieta. Germinaron. Pacanda sintió su explosión verde en el vientre; que las raíces crecían, se ramificaban por su cuerpo y le extraían su esencia. Sintió lo que sentiría quien sintiese las venas. Pátzcuaro se fué por uno de los desfiladeros y con los últimos pasos rozó sus dedos. Las raíces crecían vigorosas y le inundaban de sol las entrañas. A su cuerpo penetraba una impresión grata. Eran tres árboles gigantes. El sol había llegado el zenit y le daba en los ojos. Súbitamente sintió una inquietud inmensa. Las montañas que la cercaban comenzaron a crecer y por La Cima aparecieron nubarrones desmesurados que avanzaban. La sierra subió más y un estremecimiento brusco les echó encima las montañas. Dió un grito de horror y despertó.

—¿Qué pasa? —Dijo sonriendo Pátzcuaro.

—Soñaba.

El sol esplendía en la ventana.

—Pátzcuaro, ¿puede la intuición penetrar el futuro?

—Lo dudo.

—¿Y los sueños?

—Son una ensalada del pasado en la que se acoplan los sentimientos más contradictorios y los conceptos más discímiles, construyendo escenas irreales con lo que fué y con lo que pudo ser.

—¡Qué sueño tan horroroso! El sol se encapotó y vino el desastre.

—Claro, —dijo Pátzcuaro con franca hilaridad—, tenías el sol en la cara y yo me puse entre ambos. Fui el nubarrón de tu sueño.

Volvió a sonar su hermosa risa y rió también Pacanda: tenía razón: tal sueño fué la realidad alienada en el cerebro flojo.

No volvió a sorprenderla el sol dormida; antes que apareciera el alba en La Cima ya había terminado el desayuno y la primera plática del día. Desde las cinco, entre llamas de murta protestaba el encino con manojos de chispas.

Qué satisfecha estaba buscando en las socolas a Pátzcuaro; dirigiéndose por sus voces o el latido del hacha; comiendo con él junto a un árbol; observando la tierra agrietada por el dinamismo de la semilla; siguiendo los caminos de la montaña distraída por trinos y perfume de guarías.

También en el pensamiento los senderos se van por la menor resistencia; detrás de las curvas hay murallas o abismos esperando a la ciencia en un sueño de siglos.

Tzirosto entreabrió los ojos y se asomó al mundo. Pacanda se asomó a sus ojos y se sintió como ante un barranco empañado cuya profundidad no se



sospecha. Lo estrujó contra el seno como huyendo del vértigo. Tzirosto lloró. El valle besó su sangre con labios de aire. Por los pechos de la madre se desovillaron hilos blancos para tejer su cuerpo. Las manos fueron coordinando los movimientos inseguros. La percepción descubrió la armonía de las formas y las cosas y como los demás hombres, comenzó a localizarse Tzirosto.

¡Qué de preguntas ingeniosas hace un niño! Como son persuasivos y qué plasticidad la del pensamiento ante hechos siempre nuevos. Horas dichas aquéllas en que la joven pareja hablaba extasiada con el hijo de las cosas más diversas, resolviéndole a cada instante un problema.

En el vientre de Pacanda comenzó a formarse Zirahuén. Arqueado como la vara flexible por una fuerza superior y que de un momento a otro rompe la resistencia y corta silbando el aire para ponerse enhiesta. ¿Quién presentir puede el futuro del hombre en ese estado larvario? ¡Interrogación de carne! Boceto de meditación.

Pasaron diez años. La finca se definió en el valle. Los viejos troncos volvieron a la tierra y los plantíos tremolaron victoriosos después de la batalla con la selva. Maravilla de simiente: síntesis milenaria, argumento, fórmula, tendencia que desarrolla el medio.



Después de Zirahuén nacieron una niña y dos varones. Murió la niña y uno de ellos. Quedó Cuitzeo, moreno de ojos verdes.

Tzirosto era observador, alegre, susceptible, sincero, de ingenio agudo y listo como los peces del río, violento, intuitivo, nervioso, indeciso y de una fantasía maravillosa, arrebatada y creadora.

Zirahuén: fogoso, enhiesto, gallardo, desde muy niño más que valiente era temerario; escaló los peñascos más abruptos; era ágil, decidido y rápido en sus cosas; nunca midió el peligro ni esperó el fracaso.

Cuitzeo conoció a horcajadas en Tzirosto el valle y sus laderas. Aprendió de los labios de su hermano las primeras palabras. Profesaba por él la admiración y el cariño que nacen de esos mismos.

En Pátzcuaro las facciones eran más severas, el pensamiento más concreto, la acción más pausada, férreo el cuerpo. Leía en voz alta paseándose en las tardes y en el día incansablemente trabajaba. Tenía el don de hacer amenas las pláticas, con los extraños, con los hijos, con Pacanda, la indulgente esposa, la madre siempre pronta al sacrificio que como el diamante con su polvo pulió sus sentimientos con los hijos. No era menos bella, pero sí menos fogosa; tenía el reposo del agua en las lagunas que se estremece cuando cae una hoja. Estaba alegre cuando estaban todos al alcance de sus brazos y sus besos; cuando no, vivía sobresaltada amparándolos con el pensamiento.

Entonces Tzirosto tenía diecisiete años, Zirahuén catorce y Cuitzeo ocho. Dejo entre un paréntesis blanco a la escuela, lapso que vale más de un poema. Desde ella, Cupatitzio admiró, quiso y siguió por doquiera a Zirahuén. Incomparables amigos. Nocutzepo, también desde niño, sintió aversión por Tzirosto. Envidiaba su talento, su agudeza y hasta su figura. Esos sentimientos pueriles se definieron en la pubertad por un lado, en una amistad recíproca esplendente, por otro, en un odio unilateral tenebroso. Pocas son las veces en que las pasiones de la niñez se heredan a la juventud y casi nunca llegan a la adolescencia; cuando esto sucede no hay fuerza capaz de destruirlas.

863.6  
Q37

286073 e. 2

Quietud infinita y azul. Meditación. Un canto dulce hubiera cruzado el espacio triunfal... pero un collar trágico de gritos crecía acercándose:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué pasa, hijo mío, qué pasa?

Tzirosto cayó en sus brazos y con voz desfalleciente exclamó:

—... ¡Papá! ... Le cayó encima un árbol.

Como una flecha blanca se disparó Zirahuén. Pacanda, Tzirosto y Cuitzeo lo siguieron.

¡Ceibas leprosos! Cascarones gigantes que no soportan ni el peso de las ramas. Crecen sin corazón, como los hombres sin escrúpulos, estorban con su sombra y matan con su lepra cuando un pequeño soplo prueba su inconsistencia.

Los gritos de Tzirosto penetraron como fogonazos en la inconsciencia de Pátzcuaro. Volvió. Quiso llamarlo para calmar su desesperación y no pudo. Hizo esfuerzos por moverse y fueron inútiles.

Llegó Zirahuén. Al verlo vivo sintió una gran esperanza. Con fuerza increíble apartó unas ramas y lo extrajo. Apresuradamente limpió la sangre del rostro y lo besó diciendo: "No es nada". Llegó Pacanda muy pálida. No dijo una palabra. Lo estrechó contra el pecho sollozando. Pátzcuaro pudo repetir haciendo un gran esfuerzo: "no es nada".

Mientras volvieron a la casa con la querida carga obscureció.

¡Noche de dolor supremo! ¡Qué terrible es ahogar los lamentos!

—Llebadme al pueblo.

La mañana estaba azul. Cantando en las zarzas saltaban los pájaros y en el cielo se columpiaban las auras. Cupatitzio y algunos amigos de Pátzcuaro habían venido. La camilla subió la cuesta.

—Esperad un momento.

Pacanda se estremeció. Un frío central como una daga le hirió el cuerpo. Lo tomó en los brazos y lo enderezó... Allá estaba la casa... era algo más grande... la chimenea hoy no lucía su ca-



bellera gris... El pastizal también había crecido... bajo su arco de ramas de vez en cuando suspiraba el río... el hacha no se oía... no se podía oír! El mugido de un buey subió arrastrándose por la ladera. ¡Veinte años! Esfumino del platanar... Borriones... La casa también se diluía... rastros. —Pacanda, ¿por qué te vas? ¿Por qué se desintegran mis hijos? ¿O soy yo? Polvo. Sí. Viento. Con manos de aire acariciaré vuestros cabellos y los de los sauces. Aire.

Volveos, dijo Pacanda y la comitiva cargó meditando el cuerpo. Allá estaba la casa. Sosiego plácido y azul. En los güizaros, aleteos y cantos. Las oropéndolas pasaban bullangueras a buscar frutas en los campos.

¡Qué distinto el panorama del alma!: Pacanda se despeñaba viendo atrás el bosque donde hacía un instante vivía sus idilios. Sin embargo su corazón palpitaba. Tenía que palpar. Se lo habían arrancado brutalmente y estaba fuera de su cuerpo sostenido por tegumentos, venas y nervios tensos, como las cuerdas de un instrumento macabro, tañidas por una mano esquelética. Allí estaban sus hijos; sin ellos qué hermoso hubiera sido morir.

Desgraciados mortales que vemos desmembrada nuestra felicidad, echarse a rodar en todos los sentidos del espacio dejándonos perplejos, destrozados, hieráticos, incapaces de juntarla y sin optar por un camino.

Zirahuén sentía odio por el árbol y deseaba que se transformara aunque fuese en un demonio para



extrangularlo. Por sus nervios se sucedían descargas de fuego, de ira incontenible... pero fué un árbol, un accidente, una casualidad... sacrificio indecible del valor; del ansia de lucha desatada que no halla adversario. Simún que en una llanura bruñida no encuentra ni palmas, ni médanos, ni caravanas, ni arena en el bostezo indiferente del ocaso.

Tzirosto: "Si fuera un sueño. Hay sueños tan parecidos a la realidad! ¡Si fuera mentira! Si me sacara de este hoyo negro y asfixiante la escala luminosa con que reía mi padre! ¡Si retrocediera el tiempo! ¡Si hubiera seguido otro sendero o esperado un momento! ¡Si yo hubiera sido un gran médico! Si fueran posibles los milagros..."

¡Pobre náufrago del dolor! En sus desorbitados ojos se dibujaban promontorios aparentes... playas remotas... las mismas desdeñosas estrellas cuántas veces las vió embelesado titilar sobre la tierra... ilusión de un madero y las olas sólo traían agua que se escapaba murmurando entre los dedos.

Cuitzeo: Qué sensible es el alma de los niños y nadie la toma en cuenta. Qué fácil se hunde una daga en la carne tierna. Su emotividad se nutría por entero en la de su madre. Como algas negras bajaron por sus transparencias las penas maternas.

Pasaron los días. La realidad comenzó a consolidarse. Las actitudes siguieron los derroteros de una situación nueva. La raíz que es descubierta no flota siempre: se doblega y busca la tierra o perece. ¡Tiempo! Todo lo haces aunque no todo lo puedes.

Pátzcuaro taló el bosque sin perseguir a su grey. Nunca hizo un disparo ni hostigó a sus hijos, buscó sencillamente que se fueran sin dañar los cultivos. Zirahuén cazó al jabalí; mató al jaguar en su cañada y en la breña a la pantera; no dió tiempo de huir al ágil puma y cuando una bestia hacía frente decidida, era feliz luchando cara a cara, esgrimiendo el acero, evitando la garra en los parajes solitarios. Jamás hubo carácter tan combativo al lado de sentimientos tan finos: el cazador de fieras implacable, era el más afectuoso de los hijos, el hermano más complaciente, el mejor amigo. Estremeció a la selva y dió música y alegría al pueblo.

Eréndira suspiraba por él que la quería sin ocultarlo. Amor, sublime sensación que apenas toca la carne sin ser ella, como la llama a la cera. Arde en el pecho naciendo en lo vivo. Roce de plumas en las olas. Sube a las sienes y baja resbalándose entre las fibras más finas. Eréndira era dichosa: Quería a Pacanda y soñaba vivir en su casa; Tziros-to era su hermano y amigo, conversando con él no

sentía ella las horas; Cuitzeo, retraído, aunque afable y sincero estaba pleno de un candor purísimo.

Tzaráracua amaba a Tzirosto. En su casa lo veían como hijo; amor que nació en la niñez y ahora florecía en la adolescencia. Cuánto tiempo hermanos. Cuánto tiempo amigos. Hasta que un día los ojos de ella se detuvieron en los de él. ¿Por qué? ninguno de ambos lo sabía. Penetró un lampo auroral en profundidades ignoradas de sus seres. Luz de luna en los taludes de la sierra. Sus perfiles. Sus siluetas. Valles inciertos. Lejanías... y se amaron.

Pelo negro, grueso y rebelde; frente deprimida, cejas salientes, ojos penetrantes y propensos a inundarse con sangre, pequeño aunque fornido y ágil, moreno quemado, casi negro, prevaricador, cobarde, cruel, hipócrita, rencoroso, abyecto: Nocutzepo. Sobre ese caos pútrido flotaban sus pasiones como miasmas asfixiantes, buitres negros: en su torba atmósfera psíquica se acoplaron dos reptiles nocturnos engendrando una pasión morbosa. Desde que el sexo del monstruo aleteó, puso los ojos en el cuerpo de la buena y cándida Tzaráracua. La deseó con la fuerza instintiva del bruto y como sabía que Tzirosto la amaba, alimentó el odio, fortaleció el rencor. Cuántas vilezas tramó que perecieron antes de nacer estrellándose como vampiros delirantes.



tes en su cobardía. El miedo de ser descubierto era su freno. Le faltaba la única virtud de muchos criminales: la decisión:

“...Sí. Mas si no lograra disimular mi culpabilidad, si dejara una huella, si la presencia de Zirahuén haciéndome flaquear me descubriera... ¡No! ¡Imposible!... Es muy expuesto... ¿Y si liquido primero a Zirahuén?... ¿Cómo hacerlo? Sería como ir a coger tigres inerme. ¡Es tan arrebatado! Si no consiguiera fulminarlo. ¿Qué sería de mí?... ¡No! ¡Imposible! ¿Entonces?

Del cieno asqueroso surgió un dorso y volvió a hundirse: “Ya”.

—Observa cómo la contempla extasiado Tzi-rostro.

—Bailan muy bien.

—Únicamente él la mira.

—Los ve.

—Quizá.

—¿Qué insinúas?

—Tiene razón. Es Eréndira muy hermosa.

—¡Pérfido! (Rompió súbitamente Cupatitzio).  
Lo más puro en tu mente asquerosa se envilece.

—Obsérvalos. (Agregó muy bajo Nocutzepo y se fué).

“Aunque es ingenuo y verde como los campos en primavera, es posible que pueda esa flecha de



fuego incendiario. La duda prende fácilmente y es difícil extinguirla”.

“...No sé por qué permito que sus palabras enturbien lo que veía tan claro. Gotas de tinta en un vaso de agua. Humo. Niebla. Es su amigo: la acaricia y la habla. Lo hace como lo había hecho antes. El es bueno. Yo soy el ma'lo, el malicioso, el ingrato al dudar. Conciencia parasitada. Cómo luchar contra lo que nos ataca desde nuestro mismo centro, si al combatirlo lo aviva el pensamiento? La hoguera engendra el soplo en que cabalga. Hay insectos que con el fino oviscapto ponen sus huevos en las entrañas de otro. Yo estoy alimentando con mi esencia un germen infernal de aquel demonio. De mi crisálida no saldré yo: saldrá otro. Ten cuidado Tzirosto: Este cascarón no encierra a una mariposa sino a una mosca... Inconcebible. ¿Por qué decírtelo...? ¿O ya no soy?... ¿O quiero envenenarte, Zirahuén, como él me envenenó? ¡No lo haré! Lo que de mí queda: mi corteza, será tan dura que lo asfixie! ¡Seré su prisión hasta que muera! ¡No volará!

Los guayabos de corteza rosada y tersura carnal, extendían su fronda sobre el césped. “¿Qué ha-

rá?" Se interrogó Nocutzepo al ver a la bella Camanja, hermana mayor de Tzaráracua, en la senda de la montaña. "Espera. . . Puedo llegar hasta muy cerca de ella sin ser notado".

Se arrastró cauteloso por el pasto ocultándose entre los troncos hasta un árbol hueco. Suavemente se introdujo en él. Aletearon algunos murciélagos y se colgaron más arriba quedando inmóviles como hongos. Logró por una hendedura contemplarla; estaba muy cerca. Una mano aprisionaba a la otra con avaricia de ostra. Miraba con fijeza al camino que subía del pueblo.

— "¡Qué hermosa!"

Súbitamente palideció para encenderse luego. Seguro había descubierto a alguien. A quien esperaba, porque desechó el movimiento instintivo de ocultarse.

— ¡Camanja!

— Tzirosto.

— ¡Qué haces aquí? Posiblemente así se encontraban las Nápeas en las legendarias campiñas del Atica; cogiendo flores, viendo los pájaros, aspirando el campo. . .

— No sigas.

— Pareces triste. Habla.

Camanja hizo un gesto de afabilidad conmovedora y no pudo hablar. Se le humedecieron los ojos; entreabrió los brazos y se adelantó en actitud de vuelo, saliéndose de la pupila de Nocutzepo como un ave blanca que huye del averno. El espía se contorcía en su hueco apretujándose los

oídos: uno contra el árbol, el otro con los dedos: no quería perder ni un rumor. Cerró los ojos y bajó la respiración.

—Después de niños nunca te vi llorar, Camanja, siempre me has parecido feliz, muy feliz... ¡Y ahora suspiras!

—Sí. Qué distinto lo que parecemos a lo que somos. Tú eres puro, Tzirosto, como el agua del cielo, como el cielo sin agua, y te voy a manchar porque ya no puedo con este tormento.

—¿Manchar tú? Antes me mancha este aire.

—¡Te amo!

—¡Imposible! No sabes lo que dices.

—¡Lo sé!

Sus voces sonaron más distanciadas; la de Tzirosto tenía el desgarrador acento de los pájaros que arrebatan el huracán.

—No sabes nada. ¡Mientes! Bromeas; ¡te diviertes!

—Sé que debí perecer antes de decírtelo. Ilusión sin esperanza porque de surgir ésta sería horrenda. Años de agonía amándote en silencio; pugna insospechada de sentimientos; odio y desprecio a mí misma; lenitivo de sueños; despertares catastróficos. Las confidencias más tiernas de mi hermana me queman. ¡Lucha mortal contra un alud!

Seguramente perdió el conocimiento:

—¡Camanja! ¡Camanja! Sobreponete Camanja... ¿Ya estás mejor?... No te descubras que puede hacerte daño el viento.

—¿Qué haces?



—Entibio con las manos tus sienas.

—Pon en ellas un poco de tu aliento... algún día sabrás que no soy horriblemente mala, que amándote a tí, pude querer más a Tzaráracua. Que siento igual que tú la herida que te doy; una fuerza extraña me trajo; que si te empujo a un caos te sacaré de él y no olvides que después de tanta angustia he vivido un segundo venturoso que vale por todo y más que todo, porque me miras dulcemente, porque parece comprender lo que nadie podría desentrañar, porque no me ves con horror aunque parezca horroroso que no lo hagas, porque alumbraste la noche fría de mi deliquio con un beso. Nadie ha sentido la felicidad que siento, recuérdalo: ¡hay algo más allá de la esperanza! Adiós.

—¡Camanja!

Se fué corriendo. Tzirosto en sentido contrario subió la cuesta.

Nocutzepo: "Perderá la *una* y la *otra*. ¡Qué oportuno conflicto! Lo estudiaré para sacar el máximo provecho de él.

—Anda hermano, pareces un sembrador de tristezas. ¡Ja! ¡Ja! Qué cara le haces al surco y nada cuentas.

—Recuerdos, Zirahuén, recuerdos tontos.

—Déjate de recuerdos y canta un poco. Mira



qué yunta tienes, se arquea gloriosa y detrás de ella el suelo se esponja.

—Linda mañana.

—¡Preciosa! Rubia y fresquita como mi novia. . . ¡Ajá! ¿Te ofuscas? ¡No me cuentes nada! Ya lo sé: un pleito con Tzaráracua. Deja de mi cuenta a esa pícara que yo te la arreglo esta misma tarde.

—Te equivocas Zirahuén: no es eso.

—Recuerdos, sí, recuerdos. Ya veremos.

Los yigüirros saltaban en los surcos buscando insectos, después se iban volando muy bajo; casi tocaban el suelo con las alas hasta llegar al nido, y en su rama devolvían hechas música las larvas.

—¿Quién viene, Zirahuén?

—Mamá.

—No es hora de comer.

—Parece apresurada.

—Vamos a encontrarla.

—Hijos, váyanse al pueblo.

—¿Qué pasa?

—Murió Camanja.

—¡No!

—¡Calma, Tzirosto, calma!

“Dicen que fué suicidio”, agregó Cuitzeo, “Y dejó entre otras esta carta para ti”. “Todas dicen lo mismo: “termino feliz y no quiero darme tiempo a concebir el mal que os hago. Adiós”.

—¡Camanja!

—Serénate hijo mío. No tiene ya remedio.

Golpes despiadados: de una vez destrozan el espíritu, y paralizan el cuerpo. Tal dolor no puede ca-

ber entero en un hombre: allí iba hacia la casa, sin sentir ni coordinar, con un brazo en Zirahuén y otro en Pacanda.

—¡Nocutzepo!

—Tzaráracua.

—¿Qué haces aquí?

—Te esperaba. Sabía que ibas a verlo porque sigue febril. No puedo continuar callado... sería desleal... aunque te mate diciéndotelo...

—No entiendo.

—¿Ves esa hierba tendida? Allí estuvo sentada Camanja horas antes de morir... ya el sol se llevó sus lágrimas...

—¿Tú la viste?

—Sí. En ese árbol me oculté a mirar a Tzirosto que esperaba nervioso.

—¿Tzirosto?

—Sí. ¿Cómo decirlo? Se me hielan los labios. ¡Que tu hermana se acerque de ultratumba y me dicte aquel diálogo:

—Por fin llegaste, Camanja.

—Está lejos, Tzirosto. Qué ocurrencia, hacerme venir hasta aquí por algo que pudiste decirme en la casa.

—¡No! Mis palabras mancharán tu pureza, trastornarán tu armonía, calcinarán tu frescura, y debo decirlas.

—No sufras. Tú no puedes manchar porque eres puro como este aire, armonioso como el canto de las aves, y tienes la frescura del agua de tu valle.

—¡Te amo!

“¡No! ¡Mientes!” Interrumpió con voz desgarrada Tzaráracua.

—¡NO! ¡Mientes! Con esas mismas palabras también contestó Camanja y él acosó su turbación así:

“—Miento porque me estalló el corazón. Porque consumí la resistencia con que alimentaba el bienestar de otros; porque al fin me muestro como soy. Deber de sostener el error. Error de venerar ciertos deberes. Miento porque no miento. Miento porque te quiero.

—¿Quién te obligaba a engañar a la pobre Tzaráracua?

—Su actitud. ¿Cómo rechazar sus mimos? ¿Cómo destrozar su afecto? ¿Cómo destruir sin piedad lo más delicado de su ser? Cuando intentaba hacerlo, con mi leve resistencia solamente conseguía estimular su fuerza pasional. ¡Compromiso tremendo! Que la epífita crezca aunque la planta en que se enreda muera. Yo te llevaba en mí y no pude resignarme a morir porque existías. No debía mirarte y allí estabas; tengo los oídos llenos de tu voz; estoy lleno de ti. Ella crecía por fuera, Tú por dentro. Ha terminado el invierno; siento brotes en el cuerpo. ¡Yo no puedo quererla porque tú existes y te quiero: ¡huiremos!”

Quiso tomarla y Camanja corrió por ese camino humedecida en llanto.

Tzaráracua quedó atónita. ¿Cómo creerlo? . . . Y sin embargo, había algo de Tzirosto en aquello. Sismo del espíritu. ¿Dónde protegerse si hasta el cielo se desploma? Adherida al barranco recién abierto, próxima a derrumbarse, estira las manos temblorosas hacia una raíz que parecía firme y ésta cruje y amenaza con romperse. Sin embargo, no rodarás. Aunque tú no las veas, hay en tu afecto otras raíces más profundas y son manos piadosas que te esperan.

Frágil estructura la de mi espíritu. ¿Por qué dudo? ¿Por qué te reprocho, cuando de ser cierto tú resististe largo tiempo y yo me deshago en un minuto? ¡Qué inconsistente es la fe! Parecía un templo de piedra y en cuanto sopla la razón más leve resulta de humo. Camanja: Ya no existes; ¡estás muerta! ¿Es posible que engendraras tanta nobleza? ¿Morir por no estorbar la dicha ajena, por intentarlo? . . . ¡Decirte feliz por dejar de ser! ¡Tal vez lo fueras! ¡Llega a tanto el sacrificio! Placer del dolor por la dicha de otros: ¡Heroísmo! . . . ¿Qué digo? ¿Cómo pudo persuadirme con su maldad ese inicuo? ¡Mentira! No fué ésa la causa del suicidio. Quién sabe en qué abismo cayó tu raciocinio, hermana, y yo culpando al inocente Tzirosto. Con tu frase postrera: "Termino feliz", intentaste cubrir la mayor de las pesadumbres: Duda . . . Histeria . . .



Desprecio a todo . . . Porque todo es ridículo. Dolor insondable o deseo de un deleite perpetuo. ¿Perpetuo? Para el hombre no hay nada imperecedero; la gravedad se ejerce hasta en el pensamiento. Es mentira Excélsior . . . Lo que asciende está condenado a caer. Parábolas por doquiera. Camanja, volviste al polvo quebrando un arco. ¿No valdrá la pena vivir la vuelta? ¿Dónde está lo que no declina? ¡Hasta el amor, el odio, la amistad, la aspiración, el placer, la alegría. ¡Ojivas y siempre Ojivas! ¿Cuándo haré el último arco en mi vida?

—¡No es cierto!

—¡Lo es!

—Nadie puede enteramente disfrazarse.

—¡El!

—Lo odias y eres perverso.

—¿Quién ama la traición?

—Tú sólo la supones.

—La conozco.

—¡Con qué saña criminal lo persigues!

—¡Cupatitzio!

—Es un crimen.

—Criminal sería encubrirlo.

—Inventas o terjiversas.

—La verdad es la verdad.

—Cada quien tiene la suya.

—Sólo en detalles discrepan.

—Yo no he visto nada.

—Eso quisieras.

—Ansías que vea con tus ojos y use tu cerebro.

Quizá hayas construido a tu antojo a un hombre y pretendas trasplantarme a él.

—Verás y oirás. Por ti mismo has de convencerte. ¡Ven! . . . ¡Entra!

—Es denigrante.

—Es necesario.

—Hay otros medios de inquirirlo.

—Temes comprobarlo.

—Entremos.

— . . . Es ella. Mira por la grieta: Quiere vencerse sin palabras. ¿Tzirosto no tardará?

—Zirahuén le anunció que hoy vendría a veria.

—Suele venir a esta hora.

Qué humillado y despreciable se encontraba Cupatitzio en aquel hueco. Estaba a punto de salir gritando: Perdóname Tzaráracua, no creas nada. ¡Es una infamia! Sólo un abyecto puede espiar. A mí también me estaba envileciendo . . . Pero en ese momento se anunció Tzirosto en el espectante rostro de su amada.

—Tzirosto.

—¡Camanja! . . . ¡Tzaráracua! ¿Tú aquí mismo? ¡Qué horrible coincidencia!

—¡Ninguna! No temas. Nadie vuelve de la tumba.

Y se fué corriendo hacia el pueblo.

Tzirosto solo:

“Nada podría reprocharme si supiera la verdad. Arbol leproso, guarida de serpientes y vampiros . . . mejor fué así: que me odie y quiera siempre a Camanja. Realmente no podría comprenderla. Adiós, Tzaráracua, te adoro y pierdo la esperanza”.

¿Esperanza de qué? De quererla más cuando iría a quererla menos? El amor es como la nube: Cuando se condensa, cae.

Tzaráracua sola:

Todavía no lo creo y es la verdad. ¡Confusión! A ratos me parece tan lógica y cualquier argumento la agrieta. A veces la creo imposible y aparecen puentes salvando las simas. ¡Lucha de la razón y el sentimiento, uno dice, ¡falso! el otro, cierto. ¡Y lo que es más terrible, caos en el mismo corazón! Caos en el propio pensamiento.

Nocutzepto solo:

Si le dice la verdad ya no puede ella creerla, y si no la acepta lo convierte en el monstruo más infame calumniador de su hermana que murió porque él viviera. ¡Y si le cree! No podría creerle nunca. Ahí ni yo mismo sería capaz de arrancar la duda. . . ¡Ah!, si ella hubiera esperado, si hubiese fingido no saber nada . . . Si le hubiera dado tiempo a que le contara lo sucedido sin preguntárselo . . . se precipitó a conseguirlo y ya lo tiene: tal como yo lo quería. . . ¡para siempre! Tú, Cupatitzio, ya estás ciego. Zirahuén te cree y te quiere: infúndele celos. Lo

harás mejor que yo mismo porque eres sincero. ¡Ya puedo descansar! ¡Trabaja tú!

Cupatitzio solo:

¿Qué hacer? ¿Será justo decirselo a Zirahuén? ¿Si yo estuviese equivocado y él me creyera...? ¿Qué iniquidad! Me espanta el sólo pensarlo. Destruiría perversamente su hogar... ¿Y si como lo creo es lo real? ¡También lo destruiría! ¡Estupidéz!, sin arreglar nada. ¿Y si no lo creyera? Entonces dudaría de mi sinceridad y le daría una gran pena: Siendo lo más favorable sin embargo, es un desastre. ¿Y si hablo con Tzirosto? De estar yo en un error sentiría un justo desprecio y un pesar que no tengo en absoluto derecho a dárselos. ¿Y de ser cierto?... Sería tan vil que sabría fingirse calumniado como si lo fuera. Tampoco nada se habría hecho sino hacerlo proceder con más cautela, creciendo en mí la duda. ¿Entonces? Sólo me queda una solución: la del silencio. ¡Qué doloroso es callar lo que quisiéramos decir a gritos; fingirnos tranquilos en el mayor desasosiego. La aflicción que se reprime quiebra los nervios. La inquietud que no fluye, obsesiona. La estatua paraliza el movimiento. Estatuas del corazón. Cementerio. Aquí me tenéis hecho un cretino, helado por el dolor y el mutismo. Monumentos. Bocetos. Un día tuvisteis vida... Antes de ver a Medusa... ¿Qué es ésto? ¡Te comenzó a esculpir mi subconsciencia y fingí no saberlo! Y éso... Y aquello... ¡No es cierto! ¡Sí es cierto! ¡No están completos! Los modelé con mis dedos. Efervescencia



de traición oculta, me espantan tus congeladas burbujas. Lo que soy. Ese torrente de lava ahora frío fué mi deseo. Está cuajado de formas: Primorosas unas, repugnantes otras, concluidas, apenas delineadas, gestos petrificados que me interrogan. Corriente ignea, cuántos oprobios en tus olas. Eso es lo que somos. Río subterráneo, da náuseas mirarte congelado... ¡No! ¡No quiero verte! Infernal relieve: ¡Eréndira desnuda en mis anhelos, y yo, Tzirosto, te condeno! ¡Ved esas otras! Fui yo quien las hice acá en mi sombra, yo mismo, el severo, el que se siente limpio, justo y bueno. Yo. El traidor. ¡No! No lo soy. No puedo serlo. Lo que he visto es cierto, pero así es el panorama humano. Si el fuego hiciera correr esa lava otra vez, vería hundirse sus relieves. Surgirían otros y también se irían al fondo. El crimen no es esbozarlos, sino pulirlos con primor, quererlos. Muchos de ellos son formas apócrifas del deseo. Mentira que los fundió el mismo fuego, rodaron al torrente empujados por el temor de desear. ¡Vértigo! Que el corazón tiene también despeñaderos.

Para callar mejor y aminorar la desventura, Tzarácua con los suyos inició un viaje a la distante capital del Estado. (Si es cruel la desdicha en la partida puede serlo más en el regreso). Se iba, huyendo del pasado, escrutando temerosa el futuro; ella, el presente; el límite entre esos dos titanes: una línea, un punto, un instante, existe y no existe; contacto de dos masas yuxtapuestas: lo que fué y lo

que puede ser; hechos y posibilidades: elementos que se acosan sin mezclarse; avanza uno en el otro; son independientes y etán juntos; la superficie de tensión no tiene volumen y allí está. Es el presente; es todo y no es nada. ¡Espacio? ¡Tiempo! ¡Tiempo! Todo se acabaría si se acabara el tiempo. Es el Universo. El pasado. Nada concebimos fuera de él. Forma lo que somos; lo que es. El futuro es el espacio. El Universo es el tiempo precipitándose a llenar ese vacío.

Mundo de soñadores: Unos pescando recuerdos, forjando proyectos otros y en el presente, ¡qué pocos!

Se iba huyendo de la suspicacia. Así nadie podría descubrir la "verdad" ni preguntarle por qué Tzirosto se alejaba de su casa.

Paisajes nuevos; gente desconocida; otros problemas distantes del suyo distraían su pena. Tzaráracua se iba. La silueta de la cordillera interrumpía el crepúsculo.

Mientras tanto Tzirosto se adueñaba con firmeza de sí mismo. Lo tranquilizaba el contemplarse limpio aunque la infamia lo mostrara distinto y la satisfacción comenzó a verdear sobre las ruinas del infortunio.

¡Estúpido! Pensaba Nocutzepo: Feliz porque satisface su moral, su cretina moral; su deber. ¡Ja, ja! Encubrir la falta de un muerto que es polvo, que es tierra, materia insensible; nada, y sacrificar por ella a un vivo, el clímax de la sensibilidad, el fruto de la evolución: ¡Todo! ¡Sacrificarse hasta él mismo min-

tiendo y sentirse moral y tranquilo; ridícula forma de encontrarse bueno. ¡Soberbio! Así lo quiero porque así me sirve.

Cupatitzio se tornó más callado. A pesar de la insidia que le mostraba traidor a su amigo al no prevenirlo, guardó su propósito: El silencio.

Pacanda volvió a ver a sus hijos contentos. La paz inundó el Valle.

Había pasado un año desde la muerte de Camanja. Justamente un año desde el día que Tzirosto divergió para siempre de Tzaráracua al pie del árbol. Zirahuén se casaba. Eréndira era un astro de amor. El júbilo había penetrado en todos los corazones y era como un gran acorde... ¿En todos? ¡No! Tzirosto había retrocedido un año y miraba sin ver a Eréndira. La dicha de Zirahuén hacía más notoria la suya trunca y meditaba. Las horas más bellas con Tzaráracua invadían su imaginación y de bandadas jubilosas de cigüeñas, se tornaban en estinfálides en las playas de la tragedia. Inmóvil, en medio de la fiesta semejaba un ídolo rodeado de ritos paganos. Cupatitzio, tristemente lo miraba: "Es cierto. La ama. Disimula sólo su tristeza cuando se acerca Zirahuén o Pacanda. Ya olvidó a Camanja. Ahora ha puesto con más empeño sus ojos en Eréndira. Nació para traidor. No tiene escrúpulos ni freno su vileza... ¡Yo vigilaré!"

Como Pátzcuaro, Zirahuén, hizo a Eréndira una casa muy cerca de la de Pacanda. El humo de las chimeneas se trenzaba en el aire.



Pacanda sola:

La brisa del Valle le acaricia la cintura y los pechos y le incendia la cabeza con una llama rubia cuando la cruza. Vedla: sube la cuesta; va hacia donde el sol nace: ¡dos mañanas que se encuentran! Allá suena el hacha. Zirahuén la espera. ¡Eréndira también ama el alba, el jilguero, el zenzontle, las guarías!... Retoños de lo que fuimos... Son las socolas que comenzó Pátzcuaro; por donde yo lo buscaba... Los mismos gritos, el mismo eco, los mismos pájaros, las mismas plantas, el mismo olor húmedo de las hojas caídas en la penumbra del arbolado. Es lo que yo fui: ilusión, instinto, amor. Está construyendo el recuerdo: Su gloria y su infierno. En la vida telúrica las cordilleras se aplastan; agua, aire, calor, acarreo, gravedad, erosión. Las formas atrevidas son transitorias: Hay un nivel que las reclama y un mar que las socava. Lo mismo en la Sociedad, en el cuerpo, en los montes. Ved mis pechos caídos, mi carne mustia, pálidas las mejillas, los ojos sombríos. Estoy en mi último otoño. Zirahuén y Eréndira: Sois lo que fuimos, estáis encantadores como los durazneros en el primer día de primavera: desnudos y florecidos. Ya os arroparéis para abrigar a vuestros frutos.

Por la mente añoradora de Pacanda pasaban como nubes ligeras ideas extrañas... La gravedad,



energía suicida, fuerza paradójica, lucha por un mundo estático y fracasa, miles y miles de otras fuerzas se le oponen y suben como peces escalofrantes contra ella. ¿Quién vencerá al final? ¡Ambas!... La tierra sólo es un electrón y el Universo que percibimos un átomo... (Qué sería de nosotros sin la gravedad?)... Voces de la cañada, suspiros, durazneros en flor, lamentos perdidos; canciones lejanas; espectros que se buscan; rumores que se hallan; ecos que no existen; ruegos sin palabras; miradas sin ojos; ósculos sin labios; estela ilusoria, polvo del pasado... ¿Mis hijos, nacieron de mi entraña, son mi parte suprema; mi verdadera esencia; que importa que aquí caiga si me levanto en ellos renovada y distinta? Si mi carne y mi ilusión tendrán innumerables primaveras, porque del infinito vengo y voy al infinito en ese raudal de vida que crece y se complica y se echa sobre el tiempo por ignoradas cuentas. Eréndira: así fui yo; Zirahuén: contigo estoy. Hijos de mis hijos y sus hijos, generaciones futuras; multitudes imprecisas; insospechados idilios; rostros indefinidos; cuerpos fugaces; hombres posibles: incendio de vida. ¡Futuro! Allá voy espumante en la ola del tiempo; aquí soy arena húmeda, tierra, ceniza, casi no soy: me evaporo para alcanzarlos... Huellas, particular sensación; un anhelo apremiante de descanso, un peregrino sopor... el viento trae la niebla y el viento se la lleva. La razón me entristece y la razón me despeja. El hoyanuco que parecía infernal durante la noche es un vergel; se viste con las luces de la aurora y está como

nunca hermoso. Jamás sentí amor tan hondo y tan sutil: Las voces de mis hijos, sus líneas, la expresión de sus ojos, sus cantos y sus risas; sus mínimos detalles por doquiera me aroman como a los campos la yerba que florece. . . ¡Mentira!: No soy tierra ni arena ni ceniza; si provoqué un incendio arrollador de vida se sustenta la hoguera en otras carnes pues mi llama está íntegra, viviendo de mi cuerpo y majestuosa brilla.

El Valle daba una sensación de candor rodeado por un brazo amoroso de la sierra. Esta, al occidente era más rebelde. Con frecuencia aparecían rocas cortadas a pico y las plantas cubrían los peldaños hasta la cumbre. En una rinconada en medio del reposo nacía un arroyo; el agua, queda, llenaba un pliegue orogénico en cuyo fin rompía su mansedumbre para echarse a correr bulliciosa. Soñaba. Transparencias verdes. La imagen de los árboles parecía meditar y los bejucos trazaban arabescos en el cristal. En los flancos de la cañada crecían palmeras y robles, pacayas, helechos y jaules. Decoraban el silencio los primeros coloquios del manantial que reventaban como rosas celestes entre unas piedras sumergidas en el principio de la fuente. La vegetación lucía adornada con rocío. No había luna. El cielo estaba limpio y un efluvio sideral llenaba el campo.

Por la picada sinuosa que abrió una vez Pátzcuaro cabe al río; por la misma que anduvieron muchas veces las enamoradas Pacanda y Eréndira, subían Tzirosto y Zirahuén de madrugada. Las ca-

rabinas en la espalda, de vez en cuando sacudían las ramas que abandonaban su cosecha de agua. Iban de caza. El río silenció su charla durmiéndose. De paso Ziharuén contempló las piedras donde a menudo de amor la hablaba. Continuaron subiendo. Los esperaba la explosión del alba. Entre el marco caprichoso de las plantas, descubrieron los maizales, las dos casas, los potreros que parecían salir de un sueño conforme aclaraba. Allá subía la vereda que iba al pueblo. ¡Qué alta estaba La Cima! Engendrabán la euforia: La circulación acelerada de la sangre; el canto distante de los gallos, la flor de la begonia; la frescura sedosa de la brisa; el bajío, la planicie interminable que se abría por el otro lado; un trillo y la interrogación plateada de un río.

Bajaban. Zirahuén penetraba el bosque. Tziros-to abría sus sentidos al amanecer; en los laureles se agitaba un murmullo de plumas; el jilguero tintineó sus campánulas de plata en la espesura; algunos pajarillos dialogaban con sus flautas rosadas y todo se llenó de una armonía singular como si el viento columpiara incontables pendientes de cristal. Moras. Racimos de frutas azules. La voluptuosidad de las orquídeas y muchas de esas flores pequeñísimas y blancas que parpadean en la grama. Allí comenzaba la llanura poblada de árboles milenarios que se impusieron por la fuerza estirando las manos para robarse el sol; bajo ellos, escasas plantas decumbentes implorando de bruces un andrajo de luz; tallos raquíuticos que alargan desesperados el cuello, ra-



mas endebles que ruegan o increpan en esa paz agreste de los poemas bucólicos.

Aquí nos dividimos, dijo Zirahuén. Tú irás por los ojoques, es tiempo de cosecha y no faltarán los jabalíes y algún jaguar que los siga; yo me voy por la Quebrada del Jabillo, nos encontraremos a las cinco en el acostumbrado recodo del río.

—Buena puntería y buena suerte, hermano.

—Igualmente, Tzirosto. Quiero llevarle una hermosa piel a Eréndira. En sus entrañas se está formando mi primer hijo.

—¿Sí?

—¡Sí!

—Tal vez sea hija.

—No había pensado en eso; ¡qué linda sería! . . .

Bueno.

—Hasta luego.

Zirahuén se alejó entre las columnas imponentes del templo selvático, incansable, veloz, con la mirada alta escudriñando a distancia.

Tzirosto caminaba con lentitud como si participara en una ceremonia extraña; como si fuera a confundirse con la vegetación; a subir en la savia, a dormirse en las ramas. Varias veces se encontró fijo, atado a la tierra y a los árboles por los sarmientos y las raíces de los sentidos. Sólo él se movía en el bosque y a cada paso lo veía distinto; no obstante, tal recogimiento y tal calma contagiaban, se imponían y era difícil seguir después de estacionado: Un sueño leve, un letargo, algo así como lo que debe sentir cada árbol.

La acción subyugante de la selva no pudo someter a Zirahuén que saltaba los troncos y apartaba la maleza registrándola. El sabía arrancar de la quietud el relámpago hecho carne del venado, el hilván de la boa, el salto del felino sorprendido en pleno asecho; así, pasaba como un escalofrío entre el sueño.

El disco de oro que lanzara el atleta del tiempo comenzó a caer en occidente. Tzirosto llegó al recodo. El río se precipitaba espumante en una vuelta y dividía el silencio con una muralla tortuosa, sin embargo se adormecía un momento como habría de aquietarlo en la plenitud del llano su letal cansancio.

Zirahuén irrumpió en la orilla arrojándose al rápido que nutría a la poza: reapareció entre un hervor de espuma saludando a Tzirosto con su voz alegre como la florescencia del ruido:

—Un venado nada más.

—Es suficiente.

—¿Y tú?

—Nada, por más que sacudí el bajío y la montaña.

—¡Ja! ¡Ja! Acompañame.

—Voy.

Estuvieron largo rato charlando en el agua hasta que Tzirosto dijo:

—Debemos irnos para no inquietarlas.

—Si. Además, no me gustaría como antes, que-

darme. Me hace falta verla. ¡Tiene los ojos tan verdes a esta hora! ¡Cuando dejo la faena!

Salieron. Estaban a medio vestirse cuando estremeciendo el ramaje apareció una danta. Zirahuén henchido de gozo corrió a la cacería; detrás de él, montando la carabina iba Tzirosto; un bejuco se le enredó en el arma disparándola; Zirahuén se tambaleó y cayó en la playa. "¡Hermano, Zirahuén, te he herido!" Gritó desesperado Tzirosto abrazándolo; sintió la mano tibia y se la vió: "¡Horror! Estaba roja como una estrella de fuego. Buscó los ojos de su hermano y se encontró con la cara llena de arena, quiso limpiársela y lo ensangrentó. ¡Horror de horrores! Zirahuén pudo balbucear: "no es nada" y aflojó el cuerpo: "Hermano". "Hermanito". "Zirahuén". "¡Imposible!" Lo alzó y corrió con él: los brazos y la cabeza se descolgaron. Al sentarlo en la arena se inclinó hacia adelante; quiso detener la sangre y en los dedos le hormiguearon débiles burbujeados. Tenía la frente y el cuello blancos. En un tético abrazo quedaron petrificados un momento.

¡Fatalidad que rompe los caminos y nos despeña! ¡Cómo concebir que en un segundo destroce a la armonía? ¡Cataclismo! De un golpe cuánto daño irreparable y en medio de esa inmensidad un soplo. ¡Sucedió! Imposible corregirlo; desde entonces fué tarde. ¡De qué agarrarse ya en el vacío? La caída es segura. Existimos y allí se ensaña la gravedad.

"Hermano". "Hermanito". Tzirosto se encontró con el funesto espectáculo de los ojos turbios, el rostro ensangrentado y pálido, sin expresión, sin pul-



so, sin aliento, desangrado. "¡Muerto!"

Una sacudida feroz lo privó unos segundos de la coordinación que le devolvió su desventura.

"¡Muerto, sí! Y muerto por mi mano. ¡Madre! ¡Cuitzeo! ¡Eréndira!"

El rostro manchado de sangre era fatal. Lo llevó corriendo hasta el agua y lo lavó entre suspiros y llanto, entre la razón y la locura.

Un olopopo llevaba el ritmo del drama con gritos monótonos que cada vez se distanciaban más.

"¡No es cierto! ¡No puede ser! ¡Tú estás vivo! Tu cuerpo está tibio".

En la arena había manchas de sangre. Tzirosto estaba empapado en ella. Contemplaba con pavor a Zirahuén: Pálido, con la cabellera rubia ensortijada y revuelta, las extremidades caídas. Viril; lleno de juventud, de rebeldía. ¡Rebeldía congelada! ¡Juventud exangüe!

El juicio de Tzirosto amenazaba romperse y vibraba como un diapason. Cuando se acercaba al equilibrio, trémulo como un filamento rígido, un nuevo golpe lo hacía quejarse desplegándolo en abanico. Pedazos del pasado que no se resignaban a sucumbir. Seres arrastrados por la tromba: Aves desesperadas que hincaban las uñas en las ramas dejándolas estremecidas. Cuando la calma pugnaba por restablecerse saltaba el corazón más espantado que insurrecto pero estaba sujeto a lo acaecido, cautivo, preso en la malla del tiempo.

"¿Volver? ¡Sería matarlos! ¡Madre! A lo menos que vivas de la esperanza".



No. No iba a vivir de la esperanza sino a consumirse en la incertidumbre.

Como águila famélica, trazando circunferencias apareció una idea terrible. De pronto se lanzó vertiginosa a realizar su objeto y con ella, la acción entera de Tzirosto, como el polvo y las hojas en un torbellino. De rodillas en la arena comenzó con las manos a cavar una fosa. El hueco crecía, los dedos destilaban sangre; la arena se incrustaba entre las uñas y la carne, desgarrándola. Comenzaron a ser frecuentes las piedras, las manos se destrozaban cada vez más y no las sentía. Ciega obstinación hundíendolo de hinojos en la tierra! El día continuaba indiferente hacia el fin. Un día como cualquiera. ¿Qué importaba Tzirosto? ¡Un hombre! Cuando la humanidad no es más que un detalle de la existencia.

Bruscamente saltó del hoyo y corrió hacia la ropa. Se le interpuso el arma fratricida. Quedó estático y repentinamente la cogió tirándola al río. Fué con lo que había hasta su hermano y cayó sobre él abrazándolo: ¡Estaba rígido! Aquélla rigidez lo hirió como una hoja de acero. ¡Estaba frío! Revistió el piso del hueco con algunos ropas y lo acostó sobre ellas. A un lado puso la carabina y en el fondo de la huesa se inclinó besándolo como lo hacía en la cuna cuando niño. Por un instante le pareció que era lo mismo. Luego comenzó apresurado a cubrirle el cuerpo de arena... ¿Cómo echarle en la cara? No se atrevía. "Ah". La cubrió con el sombrero y volvió varias veces a descubrirla y besarla. Le parecía

que aquello era mentira; rara vez expresaba una frase completa o se detenía en una idea: . . . "Y tú que no querías pasar la noche en estas soledades estarás siempre en ellas. . . ." "Jamás nos verán mi madre Cuitzeo y Eréndira. Yo tampoco los veré".

La playa recobró su nivel. La noche comenzaba. Tzirosto echado sobre el suelo besó la arena remota.

Como bestia aterrada huyó por la ribera aguas abajo saltando entre las piedras. Una muralla de rocas continuas lo empujaba hacia el río y se estrechaba tanto que en la fuga llegó el momento de brincar al torrente. Un rápido. Rodó. Golpes continuos estuvieron a punto de ahogarlo. Cada vez que tocaba las piedras engendraba un salto. Le faltaba el aire. El cuerpo se movía indómito. Qué importaba la asfixia a la par de la tempestad que abatía a la mente alimentando la obsesión de huir? Así vadeó entre el espinazo rupestre vestido de espuma. . . Y por la sombra sin caminos siguió la fuga. En los matorrales dejaba la ropa en girones, a veces algún pájaro huía aleteando desconcertado en la noche. Corrió horas y horas hiriéndose en los arbustos y dando tumbos en los troncos hasta que chocó violentamente contra uno desplomándose inerte. El cansancio hizo de su cuerpo presa fácil y pasó del soporcio a un sueño profundo. . . En el fondo de un cráter sinuoso escondería una estatua. Un ruido de roca ebullente enlodaba las tinieblas. Iba volando con los brazos echados adelante y las manos encendidas como antorchas, alumbrándole. El aire arrancaba llamillas

y se las pegaba en el cuerpo donde seguían ardiendo. Continuaba hacia el centro de la tierra por horribles grietas. De repente se interpusieron grandes masas que estallaban al contacto con el fuego de las manos. Sobre ellas, sin verla, dejó la estatua y viró en el antro. El miedo comenzó a ramificarse en la espalda. De las cavernas salían legiones de vampiros que lo acosaban zumbándole las membranas como hojas temblorosas de un bosque infernal. En los rincones se ocultaban manos crispadas para cazarlo y en su intento le herían el cuerpo y le desgarraban la ropa. Un tifón de humo lo arrolló botándolo contra las paredes. Con gran dificultad logró escapar y seguir su ascenso. Reaparecieron los vampiros y huía en medio de ellos cuando inesperadamente lo cegó una claridad deslumbradora y quedó inmóvil en ella unos segundos. Sonaron voces conocidas cerca y pudo ver que Zirahuén y Eréndira con un niño venían rebosantes de júbilo hacia él. Detrás estaban las dos casas. En el potrero las bestias pastaban. Abrió los brazos para recibirlos y despertó... ¡Qué veía? ¡La Selva! ¡Sí! ¡La Selva! ¡La realidad! ¡La catástrofe! Un grito huyó de su cuerpo. Amanecía. En los laureles se agitaba un murmullo de plumas. El jilguero tintineó sus campánulas de plata en la espesura. Algunos pajarillos dialogaban con sus flautas rosadas y todo se llenó de una armonía singular como si el viento columpiara incontables pendientes de cristal.

Se levantó sobresaltado y por doquiera lo mordió el dolor. Heridas, golpes y las manos. ¡Ay! ¡Las



manos! Quiso correr y no pudo, el cuerpo no respondía. Los pájaros le fustigaban el oído. ¡Qué distinto amanecer y en rigor era lo mismo! A pasos desiguales siguió alejándose, hasta perderse en las columnas imponentes del templo selvático.

Una aprensión súbita asaltó a Eréndira en el instante mismo en que Zirahuén moría.

—No te preocupes, hija, vendrán hasta muy entrada la noche y aún no obscurece.

—¿Y esta congoja?

—Aprende a soportarla. Así es nuestra idiosincrasia: impacientes y condenadas a esperar.

—Qué felicidad debe sentirse cuando vuelven.

—Sí. Las horas anteriores se disipan, se olvidan y el fulgor de la dicha se aviva en el contraste.

Eréndira volvió a sus quehaceres sin poder sustraerse a la zozobra. A Pacanda también la asaltó pero la disimulaba. Llegó la noche y comenzó la espera. La espera eterna. La madre permanecía silenciosa, estatuaria, aunque detrás de la calma aparente el corazón aleteaba desconsolado, como el pájaro recién cogido que se obstina buscando una brecha entre la lluvia de rejas. Ya no sentirá bajo el ala el sueño de las breñas ni la caricia redonda que a los hijos encierra; ni verá sus piquitos abiertos esperando la fruta robada más allá de los setos. No le queda más que el recuerdo y sus tiernas canciones es-



critas en pentagramas de hierro. ¡Eréndira! Ved a la triste Eréndira fija en la cañada buscando una luz que avive su esperanza. Lentamente van saliendo de los cerros las estrellas como nubes de luciérnagas y suben aleteando entre torturas crueles prendidas en el cielo con largos alfileres. Malogradas ternezas, pobres ilusiones mártires que titilan en el alma. Quién pudiera libertarlas.

—Madre, ya comenzó el alba.

—Descansa, hija, descansa.

—¿No presentes que haya pasado algo?

—A Zirahuén no le pasa nada. El sabe salir avante. Duérmete.

—No puedo. ¿Seguirá siendo la selva mi rival?

—¡No! Tú se lo ganarás. Será tuyo y de tus hijos.

—¿Se habrá extraviado Tzirosto?

—Quizá... Eso puede ser. ¡Eso es! Lo debe estar buscando Zirahuén! ¡No hay que desesperarse que uno es prudente y el otro es ágil!

¡Ah! ¡La incertidumbre! Por todas partes se abren caminos. La Fantasía modula quimeras y huye con espanto de ellas... Levanta una torre en la llanura y se guarece. Viste los páramos de flores e inventa primaveras. Nace de nuevo la inquietud; se opaca el horizonte y sigue presurosa en el desierto huyendo del simún: En la espalda la ola de arena; adelante, las palmeras ilusorias de un oasis.

El aire metía sus finísimos dedos entre los cabellos; contraídas la piel de la frente y las cejas; los

ojos medianamente abiertos brillaban decididos entre un marco moreno; asomo de dientes; en la mano derecha un látigo; la espalda forrada de aire; cabalgaba: un incendio de crines sobre el arco del cuello y los cascos veloces sacando redobles sonoros del suelo.

—¿Qué pasa Cuitzeo? ¿Por qué estás aquí tan temprano?

—Mi madre y Eréndira se mueren de miedo. Los muchachos se fueron de caza y no han vuelto.

—¿Y no han vuelto?

—Pensamos que se han extraviado.

—¿Zirahuén?

—Posiblemente Tzirosto y lo busque él.

—Eso puede ser.

...Y con Cupatitzio allende los montes fueron los amigos.

“Repártanse. Si encuentran indicios dispáren”.

“La Quebrada del Jabillo. Extraño. Zirahuén no tiene paciencia para ésto. Todavía está fresco”. Así emitía frases aisladas Cupatitzio, mirando el nombre “ERENDIRA” escrito en la corteza de una balsa...” ¿Y si lo escribió el otro? ¡No! ¡No se expondría a tánto! ¿Entonces? Está problemático”.

En vano se esforzó buscando huellas. Allí estaba el nombre; lo puso uno de ellos y se fué sin dejar trazas de su ruta.

A veces, gritos remotos o la voz de un cuerno se perdían sin ecos en el espacio.

"...Adónde podrán haber ido? ¡Ya! Cuánto tiempo para ocurrírseme ésto. La razón es animal terrestre. Avanza haciendo rodeos. El Intuitivo vuela "...Así es. Acostumbramos reunirnos en la Poza del Recodo para nadar. Si uno de ellos se extravió o tuvo un percance, el otro no se dió cuenta antes de ir allá. En la arena puedo encontrar alguna pista.

Salvando obstáculos y apartando lianas, corrió. Comenzaba la tarde. El ruido del río se metía en el bosque con acento de vendaval. Cupatitzio seguía veloz con el afán acelerado de llegar. Un hervor de aves desbandadas lo detuvo: Zopilotes; un venado muerto: la cabeza perforada de un tiro. "Zirahuén, sin duda fué él" clavado en un árbol su cuchillo. Volvió a correr con ansiedad creciente. El recial se oyó más cerca. Cruzó algunos cañaverales que cubrían antiguos lechos. A veces, un arroyo entre paniculas doradas como antorchas de sol. Por fin llegó. La playa estaba cubierta de rastros. Cerca de la estrechez donde el caudal bramaba estrangulándose como si manos gigantescas lo retorcieran había algo: ...Un par de botas, un cuchillo y el morralito de la comida apenas desatado". ¡Se ahogaron! Pensó Cupatitzio en un alud de pesimismo y sus pupilas recorrieron las vegas temerosas de matar el alienato. "¡Nadal!" "¿Se los llevaría el agua?" Corrió por la ribera escudriñándola con la mirada interrogante y pensaba: "Tzirosto se resbaló vestido y fué a caer al rápido. Comenzó a ahogarse. Zirahuén se lanzó a



salvarlo. Su hermano en los estertores de la asfixia lo atrapó. Se sumergieron atándose en un nudo infausto. La angustia mató al raciocineo... Luchaban por asirse y se agarraban de la muerte en el último abrazo... ¿Y esos vestigios?... ¿Sería uno solo? recorrió la playa observándola... "Sangre" "Si". Parecía sangre... Y aquella parte removida? "Corrió a mirarla: como sombras de estrellas estaban innumerables relieves de manos hundidas en la arena. Al lado, un montículo medio esparcido a golpes. Quiso ir a ver otras señales y se paró sobre las huellas hundiéndosele el pie. Con pánico se dió cuenta de que habían tapado un hueco. Las manos estaban en el marco. Desenfundó el cuchillo para cavar lo removido. Un hueco largo y estrecho: "Una tumba". Volvió a sentir una avalancha de ideas y fácilmente se persuadió de ellas: "Tzirosto se había ahogado. "Zirahuén llegó tarde. De nada sirvió el rescate: Estaba muerto. Cómo volver con él a la casa? Prefirió enterrarlo y quién sabe qué hacer consigo mismo". Seguía escarbando. A veces paraba imaginándose el semblante rígido que él había calumniado. Solamente lo separaba una capa de arena. Estuvo a punto de no descubrirlo". "¿Para qué? Era preferible buscar a Zirahuén". Decir que Tzirosto se había perdido o decir la verdad. Sin embargo una fuerza no razonada lo volvía a la tarea. "Ropa". Allí estaba. Tembloroso comenzó a apartar la arena. Despejó el sombrero que cubría al rostro. Un miedo paralizante le impedía levantarlo. "Perdona mi duda, Tzirosto. En

el fondo de mí seguía sabiendo que eras bueno. Aunque los nimbos deformen el perfil de los cerros ellos siguen siendo los cerros. Rodeado de mi duda tú seguías siendo el mismo por que eras tú". Fué levantando el sombrero con lentitud. Sentía sumisión, respeto, remordimiento de mirarlo esta vez. . . "¡Zirahuén!" "¡Tú! ¡Jamás lo imaginé!"

Un paso en falso. Una daga traidora. Esa impresión horrible de algo inesperado que entra en la consciencia cubierto de garfios, abriendo una brecha sangrienta. Como para llenar el surco horrendo arrancó de la arena a Zirahuén y lo abrazó. "¡Muerto! Vencido para siempre. Parecía no haber nada capaz de someterte y lo hizo el río. . . ¡Pobre Tzirosto! ¡Cómo habrá sufrido! Quién sabe a esta hora que ha hecho de sí mismo. ¡Eréndira! ¡Para que te recuerdo? ¡Si lo vieras no vivirías un minuto! ¡Pacanda! ¡Pacanda! Cuitada Pacanda: Tú si debes vivir por que aún tienes raíces en la tierra y ramas que no ha desgajado la tormenta. ¡Infortunada madre! ¡Qué caros tus días de ventura! . . . ¡Esta sangre?" Ofuscadísimo lo desnudó: Ninguna herida. La cara, el pecho, el estómago, limpios. Lo volteó y los ojos se clavaron con terror en un agujero de la espalda". ¡No! ¡Cómo admitir semejante infamia? ¡Fratricida! ¡Asesino traidor! ¡Cobarde! ¡Bestia hipócrita! ¡No vivirás! Te juró Zirahuén que no le daré tiempo a que intente siquiera la profanación de tu hogar. De nada le valdrá su crimen. Yo lo mataré y he de arrastrarlo hasta aquí para que lo devoren los buitres sobre tu huesa".

¡Indignación! Entre el sufrimiento acerbo se subleva, odio que no atisba. Lo hace nacer la justicia afrentada y va enhiesto, ciego, arrebatado a destrozar al perverso.

Enterró de nuevo el cadáver. Regresó presuroso por la arboleda. . . " ¡Claro! El se ha dicho: Volveré fingiéndome exhausto de buscarlo. Diré que se extravió por otra dirección y he de salir muchas veces aparentando esperanza. Eréndira llorará en mis brazos y yo con ella. Le haré creer que su duelo me destrosa más que el mío mismo; Que me esfuerzo por distraerla de su tribulación. . . y el tiempo y la naturaleza, harán mis deseos. . . Para evitar cualquier escrúpulo aparecerán los restos. ¡Sí! Tal es su plan abyecto. Ignominia que morirá con él. . . ¡Mientras tanto, vuelvo a los grillos de mi tirano, el silencio! Actitud fatal. Eso se gestó a su amparo, aunque la aborrezco esta vez me servirá: Hoy".

Tzirosto seguía su fuga. Desde las yemas de los dedos sentía subir agujas de fuego. Al pasar los arroyos, sin quererlo, caía de rodillas mojándose las manos como para apagar el incendio que las devoraba. A veces era tan duro el martirio que suplantaba en la mente a la tragedia, pero ésta, cernida sobre la cabeza como ave rapaz, bajaba de nuevo sanguinaria a hundir la garra. ¿A dónde iba?



No lo sabía. ¡Pavor de sí mismo! Su obsesión era huir. Salirse de las llamas. Librarse. No ser. Sentía que los dedos le estallaban como luces de bengala y hubo un instante en la fuga en que un reflejo lo inclinó hacia ellos: Estaban turgentes, destrozados; sus movimientos eran torturantes, tenían surcos por los que destilaban linfa como estalactitas macabras. Ni entonces descansó un momento, como si detrás de él viniera un incendio. Ora se agachaba para evitar las ramas; ora iba entre arbustos que lo desnudaban y herían; la fatiga no lograba su objeto: Seguía huyendo desdeñando a las horas. Las manos le pesaban como grandes masas; como si fuera un árbol y hubiese cuajado mundos en vez de frutos. El dolor se fundió en esposas que le partían las muñecas; de ellas colgaban bolas de hierro. La fiebre comenzó a subir en llamaradas por los brazos quemándole la garganta y las sienes. En medio de la fuga se desató el delirio. . . . Adelante se vió él mismo pleno de dicha correr ágilmente, saltando los troncos en que "él" tropezaba; evitando los espinos que a "él" lo herían. . . . "¡Tzirosto! Espérame Tzirosto. No te rías de mi pena. No me dejes atrás. Mira que me desgarró; que me caigo. . . . ¡Ya casi no puedo!" Y seguía desesperado por alcanzar la visión feliz e incorporarse a ella. De vez en cuando un lampo de razón le mostraba la verdad: Entonces era el otro cuerpo el que se metía en el suyo y continuaba entre la borrasca oyendo voces que lo perseguían: "Espérame ¡Tzirosto! Tú eres el que corres y me dejas. El que abre la bre-

cha por donde yo paso sin maltratarme ¡Aguárdame! ¡Qué buscamos adelante si todo está atrás?"

El sol en el cenit. La naturaleza espléndida. Un sudor abundante le bañaba el cuerpo; se le oscureció la vista y le pareció que corría bajo un chubasco. Se dió contra una rama y cayó boca arriba... Zirahuén reía entre los cúmulos nimbos con carcajadas de trueno; los relámpagos alumbraban rostros conocidos que también reían con enormes estridencias y volvían a perderse". ¡Camanja! ¡Tzaráracua! ¡Pacanda! ¡Cuitzeo! ¡Eréndira! Del seno salió poco a poco un reptil que alumbrado por los rayos se arrastraba hacia él. Ya más cerca vió que la cabeza era la de Nocutzepo y en el brillo siniestro de los ojos adivinó sus propósitos. "¡No! ¡Que no me contamine!" Levantó las manos encendidas con diez llamas y se arrancó el cerebro suspendiéndolo en el fuego. El reptil se pegó a su cuerpo husmeando: El hocico no alcanzó sino los brazos y el cráneo hueco, mientras la víscera ardía en el cáliz de las manos como resina odorante.

Caído. La fiebre lo consumía. La faz arañada. Los ojos extraviados. Los labios entreabiertos. La boca seca y las facciones descompuestas. El cuerpo desnudo y preso entre grandes líneas tintas como alambradas de fuego. Las manos tumefactas, tensas, lustrosas, cárdenas. Tras leve contorsión quedó

otra vez inmóvil con una mejilla apoyada en el suelo desnudo de un claro del bosque.

Arboles inmensos. La llanura había cobrado toda su majestad y el río aquietó sus arrebatos de juventud para meditar en una adolescencia de profundidades diáfanas. Descuajaba los bosques como cuña de plata y al abrir los arcos de corvadas ramas, tenía la ficción, de otro río etéreo que llevando mundos, góndolas de cúmulos o el carro del sol, iba acompasado al redondo piélagos de las transparencias eternas del cielo. (Así nos narcisemos los hombres en el ideal). Con la imagen taladraban el agua algunos bejucos descolgados como cuerdas rotas de un arpa. Del follaje solían desprenderse pájaros azules, persiguiendo escalofríos metálicos. La flora entera padecía la fiebre de Narciso. El extremo de algo que sobresalía dibujaba un pliegue como una cicatriz del río.

Una detonación abrió un boquete en el silencio. Apareció corriendo un hombre con semblante inquietivo.

—¿Qué cazaste?

—Nada. ¡Fuiste tú!

—¿Yo? Ni siquiera he disparado...

—Sin embargo cerca está tu "presa" esperándote, aunque al final de cuentas tú vas a ser el cazado. ¡Mira!

—¿Quién es? ¿Lo heriste?

—No. Disparé para que vinieras; está inconsciente.

Corrió hacia Tzirosto: puso el oído sobre el pe-